

Minuto 7

Una vez más el aforo está completo. Repleto hasta reventar. Ochenta y cinco mil cuatrocientas cincuenta y cuatro personas gritando al unísono en un momento tan especial es un espectáculo singular. Digno de ser visto y escuchado. Razonable de ser partícipe del mismo. Merecedor de ser vivido al menos una vez en la vida de cualquier madridista. Y para ello hay que visitar el estadio Santiago Bernabeu, el coliseo blanco. Campo de batalla de miles de cruzadas y ofensivas en su intensiva búsqueda del área rival. Todo por un objetivo: cruzar la línea de gol contrincante y pretender que el esférico bese las redes enemigas. Romance perfecto. Coqueteo clásico. Atravesar el marco disidente y herir de muerte al arquero hostil. Así de sencillo. Misión cumplida en cuestión de segundos. Pero la contienda aun no ha arrancado. La mente te ha llevado a una ilusión más que real. Alejado de lo utópico y anexo a lo palpable con el tacto de esos dedos resguardados de las bajas temperaturas con guantes.

Las huestes rivales se asombran ante semejante ritual. Se acobardan frente al conjunto local. Estupefactos ante la unión del graderío. Se atrincheran en el reducido espacio que conforman las dos áreas: la grande y la pequeña. Están cavando su propia fosa. Su tumba deportiva. Sorprendidos ante el inquietante rugido del respetable. Se agazapan esperando un contraataque salvador o una jugada rocambolesca. Pretender aliarse con la diosa fortuna no es la manera más airosa de salir indemne del desafío. Atemorizados por la ceremonia en la que se encuentran inmersos y a la que no han sido invitados. Son la presa perfecta. Atónitos por la comunión existente entre todos los sectores del público. De este a oeste. Desde Padre Damián hasta La Castellana. De norte a sur. Desde Rafael Salgado hasta, principal y fundamentalmente, Concha Espina.

Las milicias opositoras permanecen absortas ante la sublime atmósfera musical que encumbra el cielo de la capital de España y del fútbol mundial. Vestir la elástica blanca es la máxima aspiración de cualquiera que se digne a considerar futbolista. Solamente unos pocos tienen ese enorme privilegio, entrando así en el olimpo del deporte rey. Suenan acordes de las lirras procedentes de las musas que acompañan a los dioses balompédicos y que convierten el ambiente en idílico. Armonía procedente de las cuerdas vocales de los fieles. Aquellos que siempre animan cuando las contrariedades se presentan (porque aparecen y desaparecen a su antojo), cuando la lluvia hace acto de presencia, cuando las cosas, simple y llanamente, no salen, cuando los horarios no son los más idóneos, cuando jugamos en inferioridad numérica, cuando las decisiones arbitrales influyen de manera decisiva en el marcador final, cuando lo más fácil es arrojar la toalla...ahí están ellos con el cántico para levantar el ánimo a los más incrédulos y desanimados. Esa composición surgida de las entrañas que combate a los recelosos y suspicaces. Que atrae a los aprensivos y dudosos. ¡Porque el fútbol está lleno de escépticos!

Las tropas adversarias subsisten boquiabiertas a la avalancha que se les viene encima. Combinaciones letales, estrategia ofensiva, paredes milimétricas, regates imposibles, internadas mortales, disparos parabólicos...Acoso y derribo. Todo a ritmo de la melodía que marca el susurro emergente del espectador en el minuto mágico. Un auditorio entregado a la sinfonía celestial que dirige el ritmo del partido. Como si fuera el cerebro futbolístico que procesa la información necesaria para asestar el primer golpe mortífero a las entrañas del adversario visitante. A partir de entonces es cuando verdaderamente se inicia el envite. No antes. Es simple. Siete minutos más tarde del pitido inaugural.

Cartel colgado de no hay entradas. Aledaños animados. Expectación magmánima. Las bocas de metro próximas vomitan madridistas de todas las edades. Policía montada vela por la seguridad del choque, declarado de alto riesgo. La reventa ha hecho su agosto en plena época invernal. Ochenta y cinco mil cuatrocientas cincuenta y cuatro gargantas coreando un sentimiento blanco. Cantándole a un ángel del cielo que desde lo más alto vigila los designios del mejor club de fútbol de la historia. A un querubín níveo. Dispendio de furia y tesón. Un valentiniense de pies a cabeza. Un gentilicio que lo llevaba en el ácido desoxirribonucleico. Innato. Lo de ser un club supremo no lo digo yo. Lo dicen todos los rivales que han sufrido en sus armaduras las embestidas en forma de acometidas aéreas, pases entre líneas, contragolpes explosivos y fugaces, dominio intenso desde el silbido inicial, pases de la muerte, goleadas encajadas...Sin excepciones en cualquier punto del planeta. Eso no se discute. No se puede debatir. Es inescrutable.

“Illa, illa, illa Juanito maravilla”. Efectivamente. Lo han adivinado. No había ningún tipo de dudas. Hemos alcanzado el instante cumbre. Ya estamos en el clásico minuto 7 donde por un santiamén el público se olvida del desenlace del encuentro. No importa el resultado porque el partido no ha hecho nada más que comenzar y 90 minutos en el Bernabeu son *molto longo*. Se rememora a una persona que dio su vida por y para el Real Madrid. No se corean los cambios de juego. No se ruge por una ocasión desperdiciada. No se aclama una extraordinaria estirada del cancerbero local que evita un gol cantado. No se abucea el avance del contrario. No se vitorea el calentamiento de un canterano en la banda. Ese minuto tiene dueño. Desde el dos de abril de mil novecientos noventa y dos. Esos sesenta segundos eternos son una oración por la figura de Juan Gómez “Juanito”. Una oda al genio de Los Boliches. Una canción transformada en verso. Un hombre convertido en omnipotente. Un recuerdo hecho leyenda. La forja de una extraña seducción convertida en amor platónico. El único que es para siempre.

No cabe un alfiler. Ochenta y cinco mil cuatrocientas cincuenta y cuatro seguidores enfervorizados que claman a los cuatro vientos el nombre de uno de los iconos del madridismo. Vociferan en torno a un escudo al que va ligado la más íntima de las emociones deportivas: el defender la identidad de un club legendario, más que centenario. Preservar un estilo de juego que ha cruzado fronteras y que ha atravesado a millones de corazones. Una identidad que ha enamorado a decenas de generaciones por el ancho mundo. Sin distinción de edad, raza, sexo, color y condición. En esta gran familia cabemos todos. Y la puerta siempre ha permanecido abierta a nuevas incorporaciones.

Los regimientos contrarios solicitan una tregua. La oleada en forma de acumulación de ocasiones, remates a los palos, colección de saques de esquina, acopio de oportunidades, acaparamiento del balón, monopolio de la posesión...En el banquillo competidor ondea la bandera blanca. Pide clemencia ante la hostilidad recibida. Pero no hay compasión. El Real Madrid Club de Fútbol no es el mejor anfitrión. Castiga sin clemencia a su antagonista. Desde que el balón empieza a rodar sobre el tapiz verde que es el césped del vetusto Chamartín. Alfombra por la que han desfilado los mejores jugadores del universo. Un tapete esmeralda que ahoga al batallón foráneo y que sugiere no haber salido del vestuario. Permanecer allí hubiera sido la mejor idea.

Misericordia exige el entrenador forastero. No soporta tanta presión asfixiante. Le falta el aliento. Le sobra la corbata. “Tenía que haber venido en chándal para soportar este calvario”. Se desata el nudo y mira al cuarto árbitro exigiendo que aparezca el cartelón con el descuento. Ansiada prolongación. Le duelen los pulmones debido a la amenaza agobiante a la que está siendo sometido su equipo. Y solamente van siete minutos. Esto no ha hecho si no empezar. La agonía va a ser lenta y mortífera. La angustia aparenta ser cruel e inhumano. El destino estaba marcado en la hoja de ruta: el examen en el Bernabeu no ofrece la oportunidad de septiembre. No hay reválida posible. El fútbol aquí no concede dos oportunidades. Ahora o nunca. Resignado, pierde la vista en el quinto anfiteatro y murmura en su fuero interno: “Hoy no es el día”. Una vez más. Y van tantas.

Lleno hasta la bandera. Ochenta y cinco mil cuatrocientas cincuenta y cuatro bufandas que se agitan al viento de la fría anocheada madrileña. Miércoles de *Champions* en la Castellana. Noche europea. Donde aflora el sentimentalismo. La épica y las remontadas continentales. Como aquella nocturna en la que su voz se apagó y se encendió la luz de su figura. El fuego de su alma. El resplandor de su áurea. Estrella fugaz que deslumbra a los altaneros focos del estadio Bernabeu y que habita en las alturas del firmamento donde imparte doctrina futbolística. Astro que permanecerá siempre arraigado en las profundidades del estadio para emerger sobre el rectángulo de juego. Por todos los rincones. Donde la zona mixta se confunde con los vestuarios y la sala de prensa hace amistad con el túnel de acceso al campo. Allí donde hablaba el genio. El lugar de sus lecciones. Los ciento seis por setenta del cuadrilátero, el territorio de sus gestas y hazañas.

Un minuto que roza la eternidad. Son únicamente sesenta segundos que se confunden con la inmortalidad de su dueño. Manteniendo un pulso con la heroicidad. Lapso en el que el tiempo se detiene. Se adormece. La vida, en líneas generales, se ralentiza. Es la hora de un homenaje. Momento de un reconocimiento. Manifestación de afecto. Consideración de emociones. Confirmación de conmoción. La que supuso su pérdida. La que promueve la alianza eterna de la grada. Coalición imperecedera entre plantilla y tribuna. Cuando acaba (porque todo tiene su fin), todo vuelve a la normalidad. Explosión de decibelios. Júbilo entre los asistentes. Derroche de alegría. Despilfarro de regocijo. El Real Madrid acaba de anotar el primer tanto del partido. Ha asestado un primer golpe mortal. El resto de jugadores se abrazan alrededor del goleador. A lo lejos, el cancherbero local lo celebra en la soledad que aporta su alejada ubicación. El banquillo al completo ha saltado como un resorte. La salsa del fútbol ha hecho acto de presencia. No ha habido tiempo para que el silencio reine. El estadio en continua ebullición. El respetable estalla eufórico mientras el portero contrincante resulta lacerado por primera vez. Su honor ha sido mancillado. La resignación hace mella en la mente del competidor. Empieza a sembrarse en su interior un mar de dudas. Un océano de inquietudes. Y le tiemblan las piernas. Una palabra que lo resume todo: gol. El Real Madrid ha marcado.